

Ava

—No debemos olvidar que aquí en Mount Saint Michaels, todos formamos una comunidad —las cejas triangulares de la Sra. Bryan, bajo su impecable pelo engominado, transmiten total seriedad—, y cuando un miembro de nuestra comunidad cae, tenemos que unirnos todos para apoyarnos mutuamente —hace una pausa—. Este árbol constituirá un recordatorio de ello.

Se aclara la garganta y sigue hablando pero no puedo oír lo que dice porque estoy chillando. Me levanto de un salto del asiento y de mi boca sale un rugido tan violento que casi me asusto a mí misma.

—¡No se ha caído, se ha *muerto*! —chillo—. ¡Está muerta!

Entonces unas setecientas cabezas se giran de golpe, como una ola gigante, para clavar sus ojos en mí.

—¿Y esto del árbol? ¿En serio? ¡Pero si ella odiaba la naturaleza! —le grito a la Sra. Bryan, que está balbuceando por el micrófono que los alumnos se sienten.

Nunca en mi vida había sentido un cabreo tan grande, es como si cada una de mis vísceras impulsara mi cuerpo a latigazos, como a un perro de presa rabioso, y es por lo que han dicho de ella. O lo que no han dicho. Lo que no han dicho es lo que más me cabrea. Durante los últimos seis meses he podido mantener la calma, pero hoy, cuando han empezado a hablar sobre esta mierda de placa en esta mierda de bloque de hormigón junto al puto arbolito que han tardado todo este tiempo en plantar, todos haciendo como si, yo qué sé, como si fuera todo un logro... como si les importara algo... Es que ya no lo he podido soportar.

—¡Y si van a hablar de ella, por lo menos digan su nombre!

Hay toda una avalancha de cuchicheos y risitas a mi alrededor mientras la Sra. Bryan intenta calmar a las masas desmadradas, ahora a grito pelado. Estoy atascada en medio de una fila y paso por encima de la gente que tengo al lado para salir, hablando entre dientes como una loca. Un chaval con el pelo de punta me da un pellizco en el culo; me doy media vuelta, le doy un empujón y le suelto en toda la cara: “¡Pero tú eres gilipollas, o qué!”, y estoy convencida de que lo que cruza por sus ojillos azules es auténtico terror.

Cuando por fin llego hasta el pasillo, al centro de los grupos de agitados estudiantes, ahora callados pero todos aún con la mirada clavada en mí, me quedo paralizada.

Haz algo, Ava.

Miro a la Sra. Bryan, que me observa fijamente como si me quisiera ver muerta, y de pronto me echo a reír. Di algo, Ava,

cualquier cosa. Para de reírte. Pero no puedo evitarlo. Me doy perfecta cuenta de que debo de parecer una loca de remate, pero no me importa.

Me paso las manos por el pelo y sacudo la cabeza mientras me dirijo a todo el auditorio.

—¿Pero sabéis cuál es la parte más insultante de todo esto? ¡El coro cantando en su memoria la gilipollez de canción de Miley Cyrus sobre escalar una puta montaña! ¡Solo de oírlo le habrían entrado ganas de suicidarse otra vez!

Todo el auditorio estalla en carcajadas y bravos, y yo le saco el dedo a la Sra. Bryan, pero con las dos manos, me doy media vuelta y me largo caminando con decisión hacia el fondo de la sala, directa hacia las dos grandes puertas. Salgo y oigo a mis espaldas el portazo que dan.

¡Genial, Ava!

Esta misma mañana me prometí a mí misma que intentaría ser una de esas chicas silenciosas y modestas que pasan desapercibidas. Incluso me escribí las palabras “Sé gris” en el dorso de la mano con un rotulador negro, para acordarme. Desde que he vuelto al instituto, todo el mundo me ha estado mirando fijamente, murmurando y señalándome con el mismo disimulo que si me dieran con un mazo en toda la cara. Estaba pensando hacerme una camiseta con la frase: “Mi mejor amiga acaba de morir, perdona si te incomodo, tío”, pero se nos acabó la tinta de la impresora. De todas formas, creo que saltar de mi asiento y chillar a pleno pulmón ha conseguido el mismo efecto.

Solo hace un mes que he vuelto a hacer todo el horario del instituto; antes estuve yendo media jornada unas semanas, y solo porque tenía que hacerlo. Si hubiera dependido de mí, no

habría vuelto. Lo hubiera dejado y ya está, con algún gran gesto de despedida como pintar una polla gigante en el campo de deportes con herbicida o algo así. Pero la Sra. Bryan y los demás profesores se pusieron de los nervios con lo de undécimo y lo de perder clases y a mi padre se le acabaron las excusas para contenerlos. Las últimas semanas se me desdibujan, me he pasado el tiempo luchando para conseguir prestar atención o simplemente saltándome las clases. O desconectando cuando la gente me suelta la chapa de que sabe cómo me siento porque cuando su abuelita se murió, su tía se murió o su puto perro se murió, se sintió blablablá. Pero ninguno sabe nada. Porque no se ha muerto mi abuela, ni mi tía, ni mi mascota, sino Kelly. Era mi mejor amiga. No tengo palabras para decir cómo me siento y, de todas formas, tampoco quiero hablar sobre ello porque ahora mismo, y desde que pasó, todo, todo, es una puta mierda, y las ecuaciones de segundo grado no tienen ningún sentido cuando me duele todo el cuerpo con esta tristeza que me tiene paralizada.

Es como si la vida pasara más despacio. Antes de que ella muriera, ya me parecía que el tiempo pasaba bastante lento en el instituto. Pero ahora parece que el propio tiempo se hubiera muerto con ella. Lo peor es que todo el mundo se comporta como si estuviera cabreado conmigo y con ella. Están cabreados con ella porque ocurrió, y conmigo porque no puedo superarlo. Pero solo han pasado seis meses. No es nada. Aunque tengo la impresión de que me voy a sentir así el resto de mi vida.

*

Cuando llego a casa de Kelly, abro la puerta lateral y atravieso el corredor con los cubos de basura hasta el patio trasero. Lincoln está sentado en el suelo del patio, en calzoncillos.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Lincoln pega un bote, pero al ver que soy yo, se relaja.

—Tengo a mamá mosca porque me huele la ropa a tabaco.

—¿Y qué?

—Pues que así no huele —le da una larga calada al cigarro.

Le doy una patadita y me siento a su lado.

—¡Muy listo!

Observo el movimiento de su pecho mientras respira. Su piel morena tensa sobre los músculos de su pecho. No se puede negar que está como un tren. Aunque no es del tipo guaperas normal, más bien del tipo guaperas peculiar, en plan que podría aparecer en el catálogo de una tienda de surf descamisado y en bañador, seguro. Tiene la mandíbula prominente y unos ojazos castaños espectaculares, que saltan a la vista porque siempre lleva el pelo rapado muy corto.

La madre de Kelly y Lincoln, Tina, ha estado de mal rollo desde que murió Kel. Antes nos llevábamos muy bien. Para mí era casi como una madre. Pero un mes después del funeral, más o menos, empecé a tener la sensación de que no podía soportar estar conmigo. Papá piensa que es porque le recuerdo a Kel. Dice que debe de ser muy duro para ella, y lo pillo, pero simplemente la echo de menos; echo de menos todo, como eran las cosas antes. Solo puedo venir cuando no ella no está en casa. Si Tina me encontrase aquí se pondría de los nervios, y si se enterase de lo mío con Lincoln, se le iría la olla. No quiero disgustarla, pero no puedo evitarlo. Me gusta estar aquí, el olor de su casa me resulta tan familiar, es como una mezcla de aceite de coco, lavanda y polvo. Sé dónde guardan todas las cosas en la cocina, sé dónde pisar el parquet para que no cruja. Me siento menos trastornada cuando estoy aquí, lo cual en

realidad es una locura, porque ahora mismo todo en esta casa es un desvarío.

—No has estado en el instituto —digo.

Ahora me doy cuenta de cuando no está, antes no me pasaba.

—¡Nah! —se calla un momento—. Pero he oído que tú sí...

Joder, claro que lo ha oído. Suspiro sonoramente y le doy la espalda, frotándome la frente con la mano.

—¿Quieres... hablar de ello?

—Lincoln, tú no quieres hablar de ello.

—No. Pero tú sí...

—No —contesto rápidamente.

No quiero hablar de ello ahora, porque ya voy a tener que hablar de ello bastantes veces. Voy a tener que comerme esa charla con papá, con el director, con el de orientación escolar y con todos los gilipollas del instituto que me van a mirar como a una imbécil durante varias semanas. Le cojo el cigarro de los dedos y le doy una buena calada. Se hace un largo silencio antes de que volvamos a hablar.

Siempre hemos estado al lado, pero nunca hemos sido amigos. Quiero decir que me he pasado casi todos los fines de semana aquí desde que tenía unos cuatro años y me iba con ellos la mayoría de las vacaciones familiares. Pero Lincoln solo era el hermano mayor guay, que arreglaba bicicletas o ponía la música a tope o bebía en el garaje con sus colegas.

Cuando éramos pequeñas les espiábamos desde el patio trasero. Se nos ocurrió que si sabíamos de qué hablaban los chicos cuando no había chicas delante, entonces estaríamos mejor preparadas para hablar con ellos.

Cuando estábamos en noveno empezamos a ir a las mismas fiestas, y creo que eso le espantaba un poco. Kel se enrollaba con sus amigos y él se ponía como loco, en plan protector. Los dos se pelearon por eso y él le dijo: “Así son las cosas, Kelly. Soy mayor que tú y lo sé mejor”.

Pero Kel no hubiera aceptado eso de nadie, y mucho menos de Lincoln. Se inventó esa regla de que él no podía enrollarse con nadie de nuestro curso y ella no se enrollaría con nadie del suyo, y los dos cumplieron el trato hasta la noche que fuimos todos a la fiesta de cumpleaños de Stuart Gillespie, que cumplía dieciocho. Lincoln tenía muchísimas ganas de enrollarse con Amanda Higgins, que tenía unas tetas enormes. Pero enormes, estilo porno.

—Que le den al trato, Kel. Amanda lo está deseando, ¿vale?
—dijo Lincoln, de pie delante de Kelly cambiando el peso de una pierna a la otra como las chicas de baloncesto, para que no pudiera pasar.

—Eres un cerdo —refunfuñó Kelly.

—¡Venga, va! ¡Solo por esta vez!

—Si te enrollas con Amanda, yo me voy a morrear con...
—miró alrededor examinando a los chavales que había en la fiesta—. Tom Greig.

Lincoln resopló y exclamó:

—¡Es un capullo!

—Tú también eres un capullo —le soltó Kelly.

Él gruñó y echó una ojeada a Tom Greig, que en ese momento animaba a otro chaval que se estaba bebiendo de un trago una botella de vodka.

—Vale —masculló mientras se alejaba.

Entonces se volvió y me miró a los ojos.

—¿Y con quién te vas a enrollar tú, Aves?

—Con nadie —murmuré, petrificada—. Con nadie —repetí, intentando sonar más segura esta vez.

—Ya —hizo una pausa—. Probablemente tampoco hay tantos tíos aquí que se enrollarían contigo, de todas formas.

Y se largó, mientras Kelly le gritaba que se fuera a tomar por culo.

—No quería decir eso, Aves —me dijo Kelly, dándose la vuelta para mirarme—, solo estaba intentando cabrearme a mí. Todos los tíos que hay aquí tendrían suerte de enrollarse contigo.

Y desplegó una enorme sonrisa llena de dientes, y no pude evitar echarme a reír. Apoyó su frente contra la mía de modo que sus ojos se fundían en uno solo de lo cerca que estábamos.

—Tú eres la más guapa de todas las tías que hay aquí —me susurró, y yo asentí con la cabeza.

Siempre sabía exactamente qué decir. Siempre.

Justo después de que pasase eso, Lincoln y yo empezamos a intercambiar mensajes, más que nada sobre las gilipolleces que hacía o decía la gente; luego empezamos a quedar, y luego... bueno, pues sí. Me imagino que es el único que de verdad, de verdad, entiende cómo me siento. Algo así. Ni siquiera sé si me gusta de esa manera, incluso ahora, después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Te quieres colocar? —pregunta Lincoln.

Niego con la cabeza. No quiero.

—¿Quieres... —se calla un momento, me mira con sus ojos castaños y respira hondo— echar un quiqui?

—¡Por dios, Lincoln! —meneo la cabeza, sonriendo—. ¿Quién dice “quiqui”?

No mueve la mano, la deja suavemente sobre mi cuello y me sonrío.

—¿Qué quieres?

Suspiro de nuevo y apoyo la cabeza en su hombro; él levanta el brazo y me lo echa. Siento su beso en mi frente y trago saliva, pese al nudo que tengo en la garganta. Lincoln me mira a los ojos y nos quedamos quietos así por lo menos todo un minuto. Simplemente estamos ahí sentados mirándonos. Nunca he podido mantener la mirada a nadie, pero es que con Lincoln ni siquiera me siento nerviosa. No como con otros tíos. He tenido novios y eso, nada serio, pero la que lo hacía posible fue siempre fue Kel. Tenía mucha confianza en sí misma, sobre todo con la gente que le gustaba. Besaba a quien le daba la gana y cuando le gustaba alguien, conseguía gustarle también. Y también conseguía que a quien quisiera le gustara yo. Era una ventaja que molaba mucho.

Hay muy pocas cosas que no hiciéramos juntas. Incluso perdimos la virginidad la misma noche, en la misma casa y casi al mismo tiempo, porque eso es lo que ella había planeado. Ahmed era un chaval musulmán adorable que se acababa de graduar en nuestro instituto y a mí me parecía una monada. Tocaba el primer violín en el cuarteto de cuerda del instituto y se iba a la universidad a estudiar una ingeniería. Chateábamos muchas noches sobre los deberes, la vida, nuestro futuro y esas cosas, y cuando me veía en el instituto siempre hacía un esfuerzo para saludarme. En realidad no iba a fiestas, así que no le veía mucho fuera del instituto. Su mejor amigo, Jack, jugaba al rugby. Era un tío grandullón, muy gracioso y muy

majo; en duodécimo, cumplió dieciocho justo a principio de curso, así que inmediatamente se convirtió en uno de los chicos más populares del instituto, porque le compraba priva a todo el mundo los fines de semana. A Kel le gustaba Jack, así que todos compartimos una botella de Galliano y Kelly le pidió a Jack que le enseñara su habitación, con lo cual Ahmed y yo nos quedamos solos en el salón, bloqueados. A ninguno de los dos se nos ocurría qué decir, hasta que al final él murmuró: “¿Quieres ver el cuarto de invitados?”.

Asentí y subimos al pasillo en un silencio superincómodo, que era un agobio, así que en cuanto llegamos al cuarto de invitados le besé, para que hiciéramos algo y no tuviéramos que seguir soportando más ese silencio. No nos dijimos ni una palabra, solo lo hicimos. No sé por qué, probablemente porque pensamos que debíamos hacerlo, porque Jack y Kelly estaban en el otro cuarto haciéndolo y era más fácil hacerlo que explicar por qué no lo habíamos hecho. Estuvo bien. Quiero decir, no estuvo mal, simplemente ocurrió; nada como en las películas, con ese rollo tan romántico o apasionado ni nada de eso, solo fue rápido. En realidad, fue una decepción.

Con Lincoln es otra cosa. Mejor. Es divertido, la mayoría de las veces.

—Hozana me ha mandado un vídeo de lo tuyo de hoy — Lincoln se ríe y yo alzo la mirada al cielo un momento, antes de hundir la cabeza en su hombro, avergonzada.

Mi arrebató de loca en internet para siempre. Genial.

—Me he descojonado cuando le sacas el dedo a la señora Bryan. Zana hizo un *zoom* a su cara y parece totalmente que está a punto de vomitar.

Título original en inglés:

Beautiful Mess

Texto de Claire Christian

© The Text Publishing Company, 2017

Edición representada por la Agència Carme Balcells

© del texto: Claire Christian, 2017

© de la traducción: Cristina Ridruejo, 2018

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2018

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: diciembre de 2018

ISBN: 978-84-9743-853-7

DL L 1.264-2018

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.